



til. Entonces armó á Siva con todo su poder, y le ordenó que arrojase á los orgullosos del cielo superior (*Mahasurgo*), y les sumergiese en el abismo de las tinieblas (*Ondherah*) (1).»

Cuando se ve en estas relaciones de los brahmanes de Benares, la ciudad sagrada del Ganges, el eco de las antiguas y santas nociones, que sólo el Criador pudo haber revelado á los hombres, se deplora más amargamente todavía la extraña corrupcion que los brahmanes han llevado á todos los demás dogmas esenciales á la vida intelectual y moral de la humanidad. La casta sacerdotal, en efecto, llegó á re-

ducir á una especie de ciego fanatismo á los tímidos y desgraciados indios.

Así, de grado en grado, se caminaba en el error y se hundia en él cada vez más este pueblo, á quien su fuerte constitucion y su aislamiento hubieran debido salvar, ó por lo ménos retardar su caída; ¡cuán verdad es que el espíritu del hombre, discurrendo sin guia y sin freno acerca de Dios, de sí mismo y de la naturaleza, se pierde y se abisma en extrañas y amargas decepciones!

(1) Holwel; de Marles, *Historia general de la India*.

CAPÍTULO IV

La China (Tohung-Kue).—Antigüedad de la China.—Carácter de este imperio.—Cronología china.—Tradiciones antehistóricas.—Fo-Hi y los Changs.—Orígenes de la raza china.—Primera dinastía humana; los Hia.—Su decadencia.—Dinastía de los Changs.—Tradiciones religiosas.

Colocado en la extremidad más apartada del Asia, ocultándose detrás de su formidable «muralla» y defendido por las olas del Océano, el vasto Imperio del Centro (1) parecia á más de esto celoso de su impenetrable oscuridad. Ya por desprecio de los bárbaros, ya más bien por temor de su dominacion, la China empleaba todos los medios para librarse de ellos, principalmente para burlar su ávida curiosidad. No han evitado mejor una conquista que otra: pueril defensa, la gran muralla con sus torres fué salvada por los tártaros; y otros vencedores más pacíficos, los viajeros, los navegantes y los misioneros católicos, arrancaron los secretos de su historia. Habia perdido su poder y su libertad, y vió que le arrebataban su ciencia, ó más bien su misterio. La Europa, en fin, acaba de destrozar el celoso recinto en el que se encerraba su inmovilidad, y la es forzoso mostrarse á la luz.

Debemos decirlo: su amor propio no tiene por qué alabarse de la benevolencia de los extranjeros. Pretendia una remota antigüedad;

(1) Este es el nombre que la misma China se atribuye, así como tambien el de *Celeste Imperio*. Situada entre los 21 y 41° de latitud boreal, la China tiene 2.000 leguas de costas, y su superficie es de 670.000 leguas cuadradas. Cuéntanse en ella 2.793 templos, 1.193 castillos, 3.600 monasterios, 10.809 construcciones antiguas, 3.158 puentes de piedra, algunos de los cuales tienen 100 arcos, 765 lagos, 14.607 montañas, 1.659 ciudades, algunas de las cuales tienen una poblacion de 2.000.000 de habitantes. Por todas partes se ven canales, surcados, segun dicen los chinos, por 9.999 barcos, y un confuso laberinto de caminos.

mostraba con ostentacion sus libros históricos, sus listas y sus relaciones tan regularmente conservadas, sus tablas astronómicas tan antiguamente construidas, y sobre todo su famoso *tribunal de la historia*, juez severo é imparcial de pueblos y de reyes. Sin embargo, no exhibia esos otros títulos de nobleza, por otro concepto muy incontestables á los ojos de la critica; no poseia, no recordaba nada de esas antiguas tradiciones, esas formas de sociedad que son el sello de las edades primitivas. No ofrecia á la vista del viajero esos edificios inmensos, templos ó palacios, que llevan en sí el sello de los más remotos siglos; no ostentaba pompas de un culto venerado, ni ceremonias cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. Su constitucion política es relativamente reciente, no data más que desde algunos centenares de años; el pueblo chino es tal como le ha hecho la conquista de los *Mandchus*, amalgamada con la doctrina de *Kung-Fu-Tseu* (Confucio).

No hay allí más que dos clases distintas: la de los letrados y la de los ignorantes, la de la inteligencia y la de la materia. Pues bien: esta influencia de los filósofos no es antigua; todo lo más que se puede conceder, es que se remonte á la época del gran legislador que acabamos de nombrar (551 años antes de Jesucristo) (1). Los monumentos chinos no tienen, ni la gran-

(1) Esta fecha de 551 años antes de la era cristiana, es la que adopta Cantú; la tomamos, como él, haciendo notar ante todo que otros historiadores se atienen á la del 479.



diosidad, ni la majestad de las primeras edades; reconócese en ellos la parsimonia y la esterilidad de un tiempo más moderno; y por otra parte, todos tienen su fecha; no hay uno que pueda, por su carácter arquitectónico, ni por su vejez, formar paralelo con las obras de la Asiria, del Egipto ó de la India (1). Los recuerdos del pueblo no están envueltos en las poéticas relaciones que estamos acostumbrados á oír por todas partes en la antigua Asia. Apenas se han escapado del naufragio algunos preciosos vestigios; pero, relegados en los oscuros libros de los letrados, son desconocidos del vulgo. El chino, como dice un panegirista del *Celeste-Imperio*, desprecia las meditaciones especulativas y los deseos de una vida en otro mundo, para no ocuparse más que de este, que mira como una cosa positiva (2).»

Entregado de lleno á este terrestre y brutal trabajo, el chino, que unce al mismo tiempo á su arado á su mujer y á su asno (3), no se cuida del sentimiento religioso y de los deberes del culto. Educado en la escuela racionalista y embrutecido por las doctrinas de sus filósofos,

(1) La gran muralla, esta absurda é inútil defensa, no ha sido construida más allá del año 214 antes de Jesucristo. Limita todo el Norte de la China desde el golfo Pe-Cé hasta S-Ning, en una longitud de diez y ocho grados y medio ó 1.400 millas; tiene 25 piés de altura, otros tantos de espesor en su base, y 15 en la plataforma, en la cual pueden correr de frente seis caballos, Almenada por todas partes, y guarnecida de torres á la distancia de dos tiros de flecha, se eleva, siguiendo las desigualdades del terreno, hasta 500 piés sobre el nivel del mar. Su masa total da 4.500.000 piés cúbicos. Se ha calculado que sus materiales bastarian para construir un muro de seis piés de alto por dos de espesor, que daría dos veces la vuelta al globo.» P. Gerbillon.

(2) M. Pauthier, la *China*, en el *Universo pintoresco*. Este historiador encuentra «que esta resolución da á conocer el espíritu de sabiduría de los chinos.» No demuestra en todo caso su remota antigüedad; este espíritu tan positivo y tan exclusivamente industrial, es una mala prueba de ancianidad. La China es, en todo lo posible, materialista y atea; es poco recomendable á los ojos de la razón y de la fe el constituirse defensor de las ideas y de las locuras de los chinos. Sentimos sinceramente encontrar semejantes tendencias en las obras de un hombre de ciencia y de talento, de uno de los más hábiles filósofos de nuestro tiempo.

(3) Maltebrun, *Geografía*.

no ha conservado, por decirlo así, casi ninguna de las verdades primitivas; apenas tiene un vago recuerdo de la gran catástrofe del diluvio. Cuando tiembla al resplandor del rayo, dirige algunos gritos de aficción á los genios de las montañas, ó levanta las manos hácia el *Thien* (cielo), ese dios que no es para él otra cosa que la envoltura material del Universo; pero, por lo demás, no se ocupa sino en las cosas «fáciles de comprender por la razón del hombre (1).»

Tal es el fruto de la sabiduría de los letrados. Así, este pueblo, sin Dios y sin altar, deja morir de hambre al pobre tendido sobre el umbral de su puerta; adora á su emperador, y cuando tiene muchos hijos les abandona ó les mata.

En cambio, abrirá canales, desecará lagos con extraordinario trabajo, hará salir fuego (2) y agua de las entrañas de la tierra, y amontonará casa sobre casa en las ciudades populosas. Tal apareció la nación china á los primeros viajeros que pudieron estudiarla. Pero como á pesar de sus caracteres de reciente constitución, conservaba, sin embargo, altas pretensiones de antigüedad, las apoyaba en imperturbables aserciones de hábiles falsificaciones, los sábios pudieron engañarse en la cuenta y suponer que la China es el más antiguo imperio del mundo. Se tomó la inmovilidad por estabilidad, la apatía por vejez.

Y por otra parte, había tanta arrogancia en el lenguaje de este pueblo vanidoso, tanta sinceridad aparente en sus mentiras, que era escusable darlas crédito. Se necesitó toda la respetable autoridad del gran Cuvier para conmovier las más robustas convicciones. Pero ante él, ante las ingeniosas indagaciones de los sábios que marchaban sobre sus pasos, las farfantonerías de los *mandarines* han sido rebatidas, y la gran base de todo este edificio, el famoso

(1) Palabras de *Kung-Fu-Tseu* (Confucio), citadas en Pauthier, *op. cit.*

(2) Véanse las descripciones de los pozos de fuego en todas las obras sobre la China, y señaladamente en el P. Semedo, *Historia general de la China*; los *Anales de la propaganda de la fe*; las *Cartas edificantes sobre la China*; las *Memorias concernientes á los chinos*, por M. Huc, misionero apostólico.



Chu-King, ha sido caracterizado como merecía con esta palabra: «No se trata en él más que de un romance moral y político (1).»

Habia, por lo demás, de qué alucinarse, al oír los cálculos de los historiadores y de los astrónomos, que presentaban un gran período de 129.600 años, compuesto de 12 conjunciones de 10.800 años cada una; á ménos que no se quisiera mejor reconocer 2 millones ó conceder 96. Pero este cálculo no era muy satisfactorio para la razón, y se le abandonó para no adoptar más que la cifra muy racional de Tchu-Hi, 3400 años antes de Jesucristo. Y todavía á partir de esta época, ¿cuál será el grado de certidumbre de la historia? Esto es lo que veremos.

En definitiva, la prodigiosa antigüedad de la China se desploma por todas partes; es necesario que vuelva á los límites ordinarios que alcanzan todas las naciones.

¿Sobre qué se funda, despues de todo, esta pretension de los chinos y de sus intrépidos defensores? Desde luego, segun ellos, sobre una cronología infalible, y que partiendo de un ciclo de sesenta años, se remonta sin interrupcion hasta los sesenta y un años del reinado de *Hoang-Ti*, el primer emperador, cuya existencia está fuera de duda; y despues sobre anales escritos y conservados con cuidado desde hace muchos siglos. Lo confesaremos ingenuamente: tenemos gran desconfianza en estos períodos arbitrarios, en esos ciclos de años que cada pueblo antiguo toma para fijar su cronología, y cuya computacion es imposible. ¿Quién impedia, en efecto, al colegio de los *Han-lin*, y á todos los cuerpos literarios juntos, esos grandes computadores de la historia nacional en 1769, quién les impedia, repetimos, retrasar el primer ciclo á mucho más allá de Hoang-Ti, y en lugar de 75, contar hasta nosotros 80, 100 ó más? Bastaba para esto un poco más de audacia y algunas cifras adicionales. Y entonces para los europeos, siendo la base la misma, la certidumbre hubiera sido muy grande, y no hubiera faltado quien defendiese, contra todos, la infabilidad de la cronología del Celeste-Imperio.

(1) *Anales de filosofía cristiana*.

Existe despues, dicen los chinos, un libro, algunas de cuyas partes se remontan al año 2366 antes de Jesucristo; este libro es el *Chu-King*, el primero de los cinco *Kinges*, los libros sagrados (1). Sin duda esta autoridad seria respetable si por desgracia, no vinieran dos circunstancias á disminuir considerablemente su valor. Desde luego ha sufrido la redaccion, es decir, las modificaciones, las alteraciones quizá del famoso *Kung-Fu-Tseu*, *Confucio*, si es que no ha sido enteramente compuesto por él sobre las tradiciones orales ó escritas de los tiempos antiguos; de tal suerte, que la mayor concesion que puede hacersele respecto á su fecha, es colocarla en 151 años antes de Jesucristo. Pero así este libro, como todos los de la antigua China, tuvieron que sufrir una terrible prueba; héla aquí. El año 214 antes de Jesucristo, un emperador enemigo de las letras y de la ciencia envolvió en una vasta proscripcion todos los libros, cualesquiera que fuesen. En cumplimiento de estas órdenes, tuvo lugar una investigacion exacta y minuciosa; el simple recelo de poseer una obra, era castigado con la pena de muerte; todos los tesoros de la clase sábia fueron presa de las llamas. Entre todos y ante todos, pereció el famoso *Chu-King*, en tales términos, que cuando en una época mejor se quiso volver á encontrar los restos de esta literatura perdida, fué una felicidad el poder recurrir á la memoria de un anciano letrado, que recitó los *Kinges* de memoria, y bajo su dictado el gran *Chu* fué restituido. Más tarde, se dice, volvió á encontrarse en un sepulcro un ejemplar salvado; estaba conforme con la recitacion del sábio; sin embargo, este hecho no consta de un modo auténtico.

(1) Estos cinco libros son todos debidos á la pluma de *Kung-Fu-Tseu* (Confucio). Tales son: 1.º, el *Chi-King*, coleccion de trescientos pequeños poemas; 2.º, el *Chu-King*, historia de los antiguos reyes; 3.º, *Li-Ki*, libro de los ritos y ceremonias; 4.º, *Tchum-Tsiu*, historia del tiempo de *Kung-Tseu*; 5.º, *Y-King*, exposicion mística é incomprensible de las mutaciones de la naturaleza.—El filósofo pretende no haber hecho frecuentemente más que trascribir las obras más antiguas. Es necesario sobre este punto referirse á su buena fe, pero no puede aceptarse esta garantía á ojos cerrados.



tico, y es, en todo caso, una debilísima recomendación frente á frente de la crítica, el que esta renovación se deba á los simples recuerdos de un filósofo.

Así pues, el valor de esta certidumbre tan ponderada se reduce considerablemente. Ningún hecho histórico resalta de todos estos debates; la más grande incertidumbre reina en los primeros siglos en los anales de la China. Antes de la época de *Kung-Fu-Tseu*, no eran estos más que una serie de anécdotas morales y políticas, unidas en conjunto después del suceso, y formando más bien una moral en acción para uso de los emperadores de la China, que una compilación de verdadera y seria historia. Así pues, esperando posteriores descubrimientos, y permaneciendo en cuanto nos sea posible alejados del espíritu sistemático de ataque como de defensa, trataremos de conservar la balanza en equilibrio, señalando el error allí donde aparezca, rindiendo tributo á la verdad, si tenemos la rara dicha de encontrarla. Y en fin, fieles á nuestro propósito de ecos del pasado, narraremos las antiguas tradiciones; tradiciones tanto más respetables, cuanto mayores son las dificultades que han tenido que vencer para librarse de los filósofos, celosos por desnaturalizarlas y abolirlas.

Haremos mención, en primer lugar, del Hoen-Tun, el caos primitivo, que aparece en los espacios confusamente alejados, en donde se relega el recuerdo alterado de los chinos. Después, las tres grandes soberanías, la del cielo, la de la tierra, la del hombre, en fin, que un escritor del país explica de esta manera: «En la primera soberanía, tuvo lugar la formación actual del cielo, que se hizo sucesivamente por el movimiento que el Sér primitivo imprimió á la materia, que estaba antes en un perfecto reposo. En la segunda, es producida la tierra por el mismo impulso. En la tercera, nace el hombre con los demás seres de la naturaleza, incluso las plantas, absolutamente de la misma manera (1);» explicación digna de un sábio del

(1) Ya se sabe que estos dos últimos errores, el de la actividad de la materia, creando todo por su propia fecundidad, y la eternidad de la materia, eran

Celeste-Imperio, y que comprende á la vez el panteísmo, la eternidad de la materia y el error de la actividad de la naturaleza, cuya última consecuencia es la de atribuir al hombre el origen de un hongo ó de un vegetal. ¡No son de ayer todas las locuras que ha producido el perturbado espíritu del hombre! Para hacer más sensible aún la existencia de estos tres períodos ó soberanías, se han creado tres príncipes, los tres Hoangs, los «tres augustos;» y se les da atributos y formas que recuerdan los animales monstruosos colocados por Beroso en el caos caldeo. No son más que individuos con cuerpo de serpiente, semblante de doncella, cabeza de dragón y piés de caballo, etc. Los monstruos juegan un importante papel en la historia china, son objeto con frecuencia del pincel de los novelistas, como también del de los pintores.

También en los diez grandes períodos que siguen á los *Ki*, es en los que los hombres vivían en cuevas, sentábanse sobre árboles y cabalgaban sobre ciervos alados y sobre dragones; en aquella época había monstruos de semblante humano y cuerpo de serpiente. El cuadro de esta dominación termina por un pronto y fácil acceso de orgullo del letrado que la ha descrito: «Así, dice él, los ancianos, sentados sobre los árboles ó metidos en las cavernas, poseían el Universo (1).»

Estos maestros del mundo eran, por otra parte, muy desgraciados, porque no podían resistir á las bestias, armadas de uñas, de dientes, de cuernos y de veneno. Apenas se cubrían de pieles para preservarse del frío, y un poco después comenzaban ya á edificar chozas de madera. Se comprende perfectamente que el sexto emperador de una raza semejante, pudiera decir con toda sinceridad: «Lo que el hombre sabe no es nada, en comparación de lo que no sabe.»

Las doctrinas favoritas de la escuela del siglo XVIII. El panteísmo ha tomado asiento en nuestro siglo. ¡Que se alabe del progreso del espíritu humano, cuando los más hábiles pensadores de nuestro tiempo no son más que pálidos copistas de los sofistas chinos é indios anteriores al cristianismo!

(1) Pauthier, la China, en *El Universo pintoresco*.



Hay además una extraña confusión en aquellos tiempos. Así se ve al primer emperador del período noveno, dar leyes, cultivar la música, aplicar penas á los culpables y establecer un gobierno regular; al séptimo, inventar la moneda, las pesas y las balanzas, lo que no impide que bajo el duodécimo no se extendiese la industria más que á cortar ramas de árboles para matar las bestias. «Entonces había pocos hombres; de repente el mundo se pobló de tal manera, que de un lugar á otro se oía el canto de los gallos y el ladrido de los perros.»

Esto nos lleva como por la mano al célebre Fo-Hi, que está representado con cuerpo de dragón y cabeza de buey. Es un gran organizador este monstruo. Su nacimiento es un prodigio. «La hija del señor, llamada Hoa-Sse» (flor esperada), paseábase sobre las márgenes de un río llamado Fo-Hi; marcha sobre la «huella del grande hombre; pónese en movimiento, y el arco-iris la rodea; por este medio concibió, y á los doce años, el cuarto día de la décima luna, dió á luz hácia la media noche: Fo-Hi era el nacido (1).»

A él se deben los ocho símbolos, *hwa*, primeros signos gráficos de los chinos, que tienen, al menos en su simplicidad y en sus combinaciones, una grande analogía con los elementos de la escritura cuneiforme de la Asiria, especie de lazo por el cual la China, á pesar de sus pretensiones, se uniría á las demás naciones orientales.

Fo-Hi compuso también el *Y-King*, reformado más tarde por Kung-Fu-Tseu; y como antes se gobernaba á los pueblos por medio de ciertos nudos que se hacían en las cuerdas (2), el sábio puso en su lugar la escritura que sirviera á los oficiales civiles para cumplir con sus deberes, y á los pueblos para examinar

(1) A través de los sueños de esta tradición, resalta el recuerdo y la esperanza de un Redentor, su concepción milagrosa y su venida para reorganizar el mundo.

(2) Hacemos notar de paso que esta especie de escritura por nudos se encuentra entre los pueblos de América, los *quipos*.

su conducta; los ocho símbolos (1) le sirvieron de base para ejecutar su obra (2).

Fo-Hi creó también, con el nombre de «Dragones», los ministros del Estado, encargados de las diversas partes de la administración. Notemos, de paso, la denominación de *dragon que se oculta*, dada al que tenía el cuidado de hacer el calendario; preciosa confesión del misterio con que la clase sacerdotal rodeaba su pretendido saber. Después, Fo-Hi instituyó los matrimonios, y trabajó en la astronomía. Inventó también armas de madera, y compuso una lira de veintisiete cuerdas de seda, que cuando la tocaba producía sonidos celestiales.

Tal es la fábula china. Sin embargo, uniendo todos estos hechos, comparando todas las instituciones de este primer legislador, ¿no será necesario reconocer en ella el antiguo y alterado recuerdo de la emigración primitiva que pobló la China?

Considérese bien desde luego de dónde procede, por confesión de los mismos chinos, el gran Fo-Hi. Su dominación tiene por primer teatro el *Chen-Si*, es decir, el país montañoso próximo al Thibet; quizá había ya pasado sobre el *Ho-Nan*, llanura situada por debajo de esta comarca, y muy próxima á la llanura central del Asia. Según todas las apariencias, las «cien familias» pertenecen, pues, á tribus emanadas sucesivamente de las llanuras de Senaar.

¿No proceden también los inventores de las artes del *Kuen-Lun*, es decir, del monte Meru (3), de esta montaña sagrada, que la India venera igualmente como el centro del mundo y morada de los dioses, y que se refiere á las cordilleras del Occidente? El nombre de *Ti* dado al Sér Supremo, se trasfiere en seguida á los re-

(1) Son tres líneas que, combinadas de un modo diferente, hacen sesenta y cuatro, ó más bien, es una sola recta, quebrada por diferentes partes y colocada en tres órdenes (Pauthier, *China*, pág. 24). Recordemos aquí que, según M. Oppert, los primeros elementos de la escritura asiria eran líneas, y más tarde ángulos.

(2) Kung-Fu-Tseu es el que habla así de Fo-Hi en el *Y-King*.

(3) Recordemos también, á este propósito, que los indios hacen mención de un antiguo monarca, *Tayacú*, que, dicen ellos, dió leyes á los chinos.



yes; este título, que significa «soberano,» y que tiene tan grande analogía con el nombre de Dios entre todos los demás pueblos, ¿no nos muestra, según lo hace notar un eminente historiador, que «esta civilización proviene de la misma fuente que la de otros pueblos famosos de la antigüedad (1)?»

Más si se recuerda la lucha de los aryás, de la raza jafética, en las comarcas de la Persia y de la India; si tenemos presente la raza amarilla de los *Dasyus*, vencidos, subyugados y expulsados, ¿no tendremos ya mucho adelantado para hallar precisamente entre estos proscritos los antepasados de la China? Los caracteres físicos están en armonía; son también, como Fo-Hi, hombres con «cara de toro;» son pequeños y de un color oscuro; tienen los ojos hendidos y la nariz achatada. Tienen también analogía en lo moral, son industriales, trabajan con una habilidad especial la madera y los metales, tienen riquezas domésticas, domesticaron los principales animales útiles (2). Son supersticiosos, veneran el dragón, y han conservado sus antiguas divisiones de familia.

Las «cien familias,» Pe-Sing, han dado quinientos hombres, y toda la población no cuenta más que 500 nombres; están prohibidos los matrimonios entre los descendientes de cada tribu. Con estas indicaciones, puede distinguirse la raza de Cam, raza que la etnología moderna halla en los Turanos de la Persia y en los *Dasyus* de la India, y «que abraza en su grande fraternidad á los chinos y turcos, á los samoyedos y malasios (3).»

¿Pero qué fecha se va á asignar para estos hechos? La confusión que reina en la memoria de los habitantes del Celeste-Imperio no permite adelantar nada. La única cosa que puede asegurarse, es que la fecha que se atribuye á Fo-Hi es completamente arbitraria.

(1) Cantú, *Historia Universal*, t. III, pág. 290.

(2) Fo-Hi domesticó las seis clases de animales domésticos: el caballo, el buey, el cerdo, el perro, la gallina y el carnero.

(3) M. Vivien de Saint-Martin, en el *Anuario geográfico* (1863), después de haber analizado los trabajos de MM. Castren, Müller, Rask y Bunsen, cree que la unidad de esta «raza amarilla» se estableció por la analogía general del tipo *Asionómico*.

Después de él, vino el *labrador divino* Chin-Nung. Se le atribuyen numerosas invenciones: la del arado, la agricultura, las semillas de cinco clases de trigos, la explotación de la sal, y por último, el comercio y mercados públicos. «Todos los pueblos del mundo se ponían de acuerdo en sus mercados, donde los cambios eran frecuentes.» Chin-Nung descubrió también la medicina y sus secretos; y por último, á pesar de todas las leyes de sus predecesores, y á pesar de la constitución de Fo-Hi y sus dragones, se vió obligado á recurrir al uso de una hermosa lira, guarnecida de piedras preciosas, para dulcificar las costumbres del pueblo y estimularle á la virtud. También es un mito primitivo, que recuerda la lira de Orfeo y de Amphion, y que se encuentra en el origen de varias civilizaciones (1).

Varios de sus descendientes reinaron después, hasta el famoso Hoang-Ti (año 2637 antes de Jesucristo), que parece ser el primer personaje humano de los anales chinos. Según unos, este sería el primer hombre; según otros, no sería más que un conquistador con suerte.

Hé aquí la segunda versión:

«El año quincuagésimo quinto del reinado del último sucesor de Chin-Nung, un príncipe de su casa se rebela y produce grandes desórdenes; los reyes vasallos que gobernaban las provincias del imperio, estaban divididos entre sí. El rebelde consiguió su objeto: el emperador tuvo necesidad de abandonar el gobierno del imperio.

Algunos reyes vasallos se unieron á Hiuan-Yuan, que tenía un Estado en el Ho-Nan. Este atacó varias veces al príncipe insurrecto, y

(1) Este mito, ¿guarda solamente relación con la influencia de las artes, de la música, en particular sobre las poblaciones salvajes, ó recordará hechos tales como aquellos de que nuestros misioneros nos han dado recientes ejemplos, cuando llenaban con sus cánticos y unisonos acordes las bárbaras poblaciones de América con aquella tan dulce emoción, llegando de esta suerte á atraerlas á la verdad y á la fe? Ó bien, y en un sentido más lato, significaría el orden y la armonía establecida en las relaciones sociales, la promulgación de las leyes y primera creación de los códigos, que probablemente tomaría las formas de la poesía sagrada?



por medio de un carro que indicaba el Sur y la posición de los cuatro puntos cardinales (1), conoció el camino que debía llevar, y le alcanzó, le derrotó y fué en seguida elegido por los demás príncipes vasallos, señor del imperio.»

Debió ser grande y terrible el trastorno causado con aquella rebelión, puesto que Hiuan-Yuan, que fué Hoang-Ti (patriarca de la tierra amarilla), se vió obligado «á dar al imperio la primera forma de gobierno, y á establecer ministros, que llamó Nuages (Yung), y á importar una multitud de cosas necesarias para la vida, que ya sus gloriosos predecesores habían descubierto.»

El dragón del *Calendario* había perecido en la derrota; Hoang debió instituir seis *nubes* «para observar los astros y los fenómenos celestes, y en general para fijar la atención á todo lo que concierne al cielo.» No olvidemos el paldium de los archivos de la China, la creación del tribunal para escribir la historia, y también la creación del *Ciclo sexagenario*, que hizo formar Ta-Nao, y sobre el cual se ha querido asentar la base de una incontestable cronología. Añadamos á esto que las primeras campanas fueron fundidas bajo su imperio, y que estableció un indicador que señalara las estaciones, los meses, los días y las horas; descubrió las leyes de los sonidos musicales, perdidos sin duda en el tumulto de la guerra con la lira de *Chin-Nung*. Por lo demás, nada debe admirarnos por parte del fundador del nuevo imperio, ni siquiera su última invención, que no fué otra que la de las casas y murallas.

En medio de estas vanidosas relaciones, hay, sin embargo, rasgos que no deben pasar desapercibidos para el observador, y que revelan una conquista asiática. De suerte, que el punto de partida de *Hoang-Ti*, la tierra de Ho-Nan, que estaba situada al NE. del imperio, aquel largo viaje que le lleva al centro mismo de la comarca, sus triunfos sobre los rebeldes, la sumisión de los príncipes de segundo orden, las nuevas formas de administración y de gobierno, la institución de las *Nubes*, que recuer-

(1) Se ha querido reconocer en este carro la *brújula*.

da los funcionarios que se llamaban en Persia *Ojos del rey*, y que se hallan en Egipto, en la India y cerca de todas las monarquías primitivas con el doble carácter de inspectores y gobernadores; todos estos hechos revelan manifiestamente una era de conquista y de reorganización poderosas. La China acusa estos rasgos característicos propios de los grandes imperios orientales. En efecto: apenas Hoang-Ti terminó su fabuloso reinado de cien años, cuando ya se empiezan á levantar palacios. Hay muchos cortesanos. Es necesario hacer la distinción de vestidos y colores para los diferentes grados de la dignidad de mandarín, último vestigio de la constitución de las castas y de la jerarquía de las funciones. Por último, y esto dice más que todas las narraciones, el culto del *Supremo-Soberano*, instituido por *Hoang-Ti*, no fué más que una grosera idolatría.

Bajo la erudición de los hombres ilustres, tendrá lugar la reforma tan pronto como la decadencia. Una palabra de *Tchuen-Hio*, sobrino y sucesor del anterior, bastará para dar nueva expresión al dogma religioso. Es verdad que necesitará tomar todas las precauciones para establecer ministros, especialmente encargados de hacer distinguir los espíritus celestiales de los hombres; y como que cada familia quería tener un sacerdote para los sacrificios, restringirá esta facultad, ordenando que sólo el emperador tenga derecho para ofrecer el sacrificio al Supremo Soberano; revolución curiosa, ensayo de pretendida reforma religiosa, que no ha de tener otro objeto que destruir el culto doméstico y concentrar en las manos del príncipe el poder sacerdotal.

A esta usurpación, suceden el despotismo y la disolución. De dos príncipes que han de reinar, el primero, Ti-Ko, establece escuelas de moral, y para contraste, se casa con cuatro mujeres á la vez; y el segundo, Ti-Chi, es destronado por los grandes, á causa de sus vergonzosos vicios.

Tres siglos han trascurrido desde el famoso Hoang-Ti, y sin embargo, tan grande es la incertidumbre de todas las tradiciones relativas á este período, que el mismo Kung-Fu-Tseu, que por otra parte no era nada escrupuloso en esta